

XXXII

La amargura del desengaño y la impaciencia por adquirir pruebas que lo confirmaran, quitaron el sueño á Paz aquella noche. Al amanecer se quedó adormitada y rendida á la fatiga del insomnio; pero era tal la agitación de su espíritu que, sacudiendo de súbito aquella falsa somnolencia, se levantó, y sin llamar á nadie, se lavó y peinó, poniéndose en seguida el traje más sencillo de cuantos tenía. Los celos lo dominaban todo en su ánimo con fuerza incontrastable: pensaba que su astucia y el tiempo pondrían en claro cuanto se refería al cúmulo de infamias atribuidas á su amante; pero quería saber pronto, inmediatamente, si era verdad que Pepe amaba á otra mujer: lo demás tenía á sus ojos menor importancia.

Como don Luis estaba acostumbrado á verla salir por las mañanas, ya á casa de su modista, ya á las tiendas donde se surtían de cuantas barajitas, chucherías y pequeñas galas necesita una muchacha rica, no imaginó hallar por este lado tropiezo á la realización de su propósito; pero temiendo que cualquier otra eventualidad lo estorbara, al dar las ocho se fué con el velo y los guantes puestos al cuarto del aya, y la dijo:

--Avíese vd. pronto; vamos á salir. Que enganchen.

Sorprendióse la vieja de verla tan madrugadora; mas obedeció sin resistencia, y al cabo de media hora se apearon ambas ante el pórtico de San Isidro el Real.

—Esperad aquí -- dijo Paz al lacayo.

—¡Qué capricho!--murmuraba la dueña modernizada. — ¡Al demonio se le ocurre venir tan lejos á misa!

—No vamos á misa. Sigame vd. y calle: si quiere hacerlo por buenas se lo agradeceré; si no... después hablaremos, ó podrá usted resolver lo que guste.

Doña Martina comprendió que convenía ceder. Si se oponía obstinadamente al capricho de Paz, nada lograría en aquel momento;

y si luego contaba lo sucedido á su padre, de fijo, enemistada ya con la señorita, ésta la haría saltar pronto de su casa. Tuvo, sin embargo, un instante de vacilación; le faltó poco para dejarla sola; por fin, la curiosidad venció sus escrúpulos y echó á andar tras de Paz, que ya la llevaba unos cuantos pasos de delantera. Iba presa de una emoción indefinible, murmurando incesantemente:—"calle de la Pasión... una casita baja, de revoque amarillo... que hace esquina..." Atravesaron la calle de Toledo, entraron en la de los Estudios, anduvieron toda la del Cuervo y, al llegar á la plazuela del Rastro, preguntó Paz á una mujer dónde estaba la Ribera de Curtidores, con propósito de seguir adelante, hasta encontrar la esquina de la calle de la Pasión.

Como era domingo y hacía una mañana hermosa, la Ribera de Curtidores estaba llena de gente: cada puesto de ropas usadas, trastos viejos, telas, clavos, armas, colillas y herramientas, tenía delante un grupo de gente que vociferaba y bullía, regateando con indescribible griterío. Paz, impresionada con la novedad de aquel Madrid que le era desconocido, miraba en derredor, a-ombrada, sintiendo vergüenza, pareciéndole indignos de ella el

sitio y la ocasión. Notando que su traje, á pesar de lo sencillo, excitaba la curiosidad, se quitó los guantes y, disimuladamente, se cocó el velo como las mujeres que pasaban á su lado. En esto, cruzando por entre tenderetes y uestos, llegó frente á la calle de la Pasión. El letrero que indicaba el nombre de la calla estaba precisamente colocado en una casa baja, de revoque amarillo. "No ha mentado"—pensó Paz— y dirigiéndose al aya, la dijo con acento que no admitía réplica:

— Párese vd. aquí conmigo.

En torno de las dos mujeres se oían los gritos de vendedores ambulantes; los hombres decían desvergüenzas que las chulas recogían con sonrisas, y de aquella aglomeración de cuerpos poco limpios se desprendía un olor nauseabundo. A Paz le daban impulsos de marcharse sin averiguar nada; pero, atormentada por los celos, no apartaba la vista de la casa de Engracia. El aya seguía repitiendo de rato en rato:

— Pero, ¿qué es esto? ¡Cuánta gentuza! ¿A qué hemos venido?

Paz, sin oírla, permanecía inmóvil con la mirada fija en la puerta de la casa. En la esquina tres chicos jugaban á la toñ; pero, co-

mo excepto ellos casi nadie había por allí, era seguro que, si Pepe salía ó entraba, le vería sin dificultad. Según transcurrían los minutos, que á ella se le antojaban inacabables, como él no parecía, á la muchacha se le iba desacerbando el alma: sus ojos cobraban animación y vida. No cesaba de mirar al reloj: cuanto menos tiempo quedara para que Pepe acudiese al cuartel, más probabilidades había de que no viniera ó no estuviese allí. . . . con aquella mujer. De esta suerte transcurrió largo rato: el dueño del puesto junto al cual se habían detenido, comenzaba á fijarse en ellas. Paz, desasosegada, fuera de sí, se mordía los labios, pugnando por tragarse las lágrimas, y el aya la miraba sin atreverse á chistar. — “No viene, no viene” — pensaba la pobre niña, en cuyo corazón arraigaba rápidamente la esperanza. — “¿Estará dentro? — la decían sus celos. Marcharonse los chicos que estaban jugando á la toña, y la esquina de la calle de la Pasión quedó desierta unos instantes: Paz no miraba ya más que á la puerta, creyendo que era tarde para que viniera. Pensaba que, si le veía, sería al salir.

De pronto tuvo que apoyarse en uno de los maderos que sostenían el tenderete junto

al cual estaban. Pepe había salido del portal y, parado en la acera opuesta, miraba hacia los balcones, uno de los cuales se abrió al mismo tiempo, apareciendo en él Engracia con su chico en brazos. Pepe dió unos cuantos pasos hacia lo alto de la calle, moviendo la mano en señal de despedida.

El piso, principal de los antiguos, era muy bajo, y Don José tenía colocada la butaca junto á la vidriera de modo que Pepe, gracias á la empinada cuesta que allí forma la calle, podía ver á su padre desde la acera opuesta, sin que Paz se diera cuenta de ello. Engracia levantaba en los brazos á su hijo que, alegre y sonriente, movía las manitas correspondiendo á la despedida de Pepe. La vista del niño produjo á Paz una impresión horrible. Avanzó unos cuantos pasos, tan cegada por la ira, que el aya, al mirarla en aquel estado de exaltación, la contuvo:

— Señorita, ¡por Dios! pero ¿qué es esto?

Había ya desaparecido Pepe por lo alto de la calle de la Pasión. y aún continuaba Engracia en el balcón, volviéndose algunas veces á mirar á Don José. El niño, agitando las manitas, gritaba *Pepé, Pepé*, y aquellos gritos, que Paz oyó clara y distintamente, por lo cor-

to de la distancia que los separaba, la destrozaron el corazón. Engracia, tranquila y con la sonrisa en los labios, seguía levantando el niño, sin señal de tristeza, como era natural que estuviese, no siendo pariente ni amante suyo el que se iba.

—Vámonos—dijo Paz de pronto, con la voz ahogada por un sollozo; y dirigiéndose de nuevo hacia arriba, tomó la vuelta á San Isidro.

Al entrar en la calle del Cuervo, vió á Tirso parado ante el escaparate de una cerería: iba de paisano, y sólo le reconció al escuchar su voz.

—Estaba seguro—la dijo tristemente—de que vendría vd.

—¡Era verdad! No había usted mentido.

—Adiós, señorita. El Señor la cure de ese amor, indigno de vd. La misericordia de Dios es inagotable.

Paz, con el alma acibarada por el despecho, y Doña Martina, confusa y asombrada, llegaron á San Isidro, subiendo al coche sin entrar en la iglesia.

—Es hermosa—dijo maquinalmente Paz, á quien hostigaba el pensamiento la belleza de Engracia,

—Sí, pero ordinaria.

—A papá, ni una palabra, ¿estamos? Ya sabe usted que soy agradecida.

Luego violentándose por aparecer serena, murmuró, como quien habla solo.

—Esto se acabó, esto ha concluido.... para siempre.

Tirso, parado al pie de la escalinata de ingreso á San Isidro, vió tranquilamente alejarse al carruaje de Paz. Estaba seguro de que la decepción sufrida por la pobre niña provocaría en su ánimo una crisis en que, tras la desesperación, vendrían, primero el abatimiento, y luego la resignación. Amando como ella amaba, jamás buscaría lenitivo en el olvido, consuelo en otra pasión, ni venganza en las sugerencias del despecho. Cuando esto ocurriera, cuando doblegada por el dolor cayese en brazos de la resignación, entonces sería llegado el instante oportuno para dirigir su pensamiento y encauzar sus sentimientos, transformándolos de terrenales en piadosos, haciendo que de entre las cenizas del amor mundano surgiese ese divino fuego místico que abrasa y no consume. Nada pensó respecto á quién había de ser el pastor que recuperase la oveja así conquistada para el redil de

Cristo; no soñó con vanagloriarse por tal triunfo, ni paró mientes en las promesas de la Condesa de Astorgüela. Sólo consideró la ocasión de consagrar á Dios una alma arrancada á las impurezas del mundo. Qué fuese él ó fuese otro el que obtuviera el triunfo, poco, importaba; lo esencial era conseguirlo.

Para su hermano Pepe, cuya dicha acababa de extirpar como planta arrancada de cuna, no tuvo un sólo impulso de rencor. La rivalidad y antagonismo que de él le separaban, nada eran ni valían ante la alteza y rectitud de sus propósitos.



## XXXIII

La mañana en que Paz creyó ver demostrada la infidelidad de su amante, llegaron á Madrid noticias de lo mal que iba la guerra para las armas liberales. El Gobierno, queriendo ocultarlo, publicó en "La Gaceta" un parte que esolamente hablaba de pequeñas partidas alzadas en Galicia; pero los periódicos, suplementos y extraordinarios dieron la voz de alarma; con lo cual la sorpresa de la corte fué tan grande como inconcebible estaba siendo su apatía. Cuando la capital se enteró de que los voluntarios del pretendiente, organizados en divisiones y cuerpos, podían hacer frente á las tropas, nadie dejó de convenir en que era necesario hacer un esfuerzo supremo. En los casinos, cafés y clubs, hasta en los corros de